

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL



La vida madrileña.---En la fábrica de tabacos
Ayuntamiento de Madrid

MADRID 22 DE ENERO DE 1894.

LOS BUENOS TIEMPOS

Siempre que entrábamos en el despacho del conde de Lobeira, atraía mis miradas—antes que las armas herrumbrosas, las lozas de colorines y los retazos de cuero estampado que recubrían la pared—un retrato de mujer, de muy buena mano, que por el traje indicaba tener un siglo de fecha, próximamente.—«Es mi bisabuela, doña Magdalena Varela de Tobar, vigésima segunda condesa de Lobeira»—había dicho el conde, respondiendo á mi curiosa interrogación, en el tono del que no quiere explicarse más ó no sabe otra cosa. Y por entonces hube de contentarme, acudiendo á mi fantasía, para desenvolver las ideas inspiradas por el retrato.

Este representaba á una señora como de treinta y cinco años, de rostro prolongado y macilento, de líneas austeras, que indicaban bien la existencia sencilla y pura, consagrada al cumplimiento de nobles deberes y al trabajo doméstico, ley de la fuerte matrona de las edades pasadas. La modestia del vestir en tan encumbrada señora, parecíame ejemplar; aquel corpiño justo de alepin negro, aquel pañolito blanco sujeto á la garganta por un escudo de los Dolores, aquel peinado liso y recogido detrás de la oreja, eran indicaciones inestimables para delinear la fisonomía moral de la aristocrática dama. No había duda: doña Magdalena había encarnado el tipo de la esposa leal, casta y sumisa, fiel guardadora del fuego de los lares; de la madre digna y venerada, ante quien sus hijos se inclinan como ante una reina; del ama de casa infatigable, vigilante y pródiga, cuya presencia impone respeto y cuya mano derrama la abundancia y el bienestar. Así es que me sorprendió en extremo que un día, preguntándole al conde en qué época habían sido enagenadas las mejores fincas, los pingües estados de su casa, me contestase sombríamente, señalando al retrato consabido:

—En tiempo de doña Magdalena.

El dato inesperado acrecentó mi interés. A fuerza de fijarme en el retrato observé que aquella pintura ofrecía una particularidad rara y siempre sugestiva: en cualquier punto de la habitación que me colocase para mirarla me seguían los ojos de doña Magdalena con expresión imperiosa y ardiente. Casual acierto del pincel, ó alarde de destreza del pintor, las pupilas del retrato estaban tocadas por tal arte que pagaban con avidez y energía la mirada del que las contemplase desde lejos. Algunas veces, sin querer, levantaba yo la vista como si me atrajese tal singularidad y los ojos me llamasen. La severidad del fondo oscuro en que se destacaba la cabeza, la única nota clara del rostro y del pañolito, aumentaban la fuerza del extraño mirar.

Aunque el conde de Lobeira es de carácter reservado y frío, hay instantes en que el corazón más tapiado se abre y deja salir el opresor secreto. Uno de esos momentos, siempre transitorios en ciertas organizaciones, llegó para el conde el día en que, incitada por mi imaginación traidora cuanto fecunda, me arrojé á trazar la silueta de doña Magdalena, modelo de cristianas virtudes, emblema de otros tiempos y otras edades en que el hogar oía á incienso como el sagrado, y la familia tenía la sólida estructura del granito.

—Por Dios, no siga Vd.—exclamó mi interlocutor de la chimenea y volviéndose hacia el retrato como nos jando de atizar volvemos hacia un enemigo.—El error más craso de cuantos errores pueden cometerse es juzgar del pasado por la impresión que nos causan sus reliquias. Cáscara vacía, huella de fósil en la piedra, ¿qué verdad ha de contarnos un retrato, un mueble ó un edificio ruinoso? Los soñadores como Vd. son los que han falseado la historia, poetizado lo más prosaico y embellecido lo más horrible. En ninguna época fué la humanidad mejor de lo que es ahora; pero las iniquidades pasadas se olvidan y un lienzo embadurnado y lleno de grietas basta para que nos abruma el descontento de lo presente. Ya que también Vd. cae en esa vulgarísima y temible preocupación de que se nos han perdido grandes virtudes, merece Vd. que le cuente la historia de doña Magdalena, tal como la he entresacado de nuestro archivo y de otros documentos... que obran en archivos judiciales.

Esa señora que está Vd. viendo retratada, con su jubón de alepin y su honesto pañolito, al casarse con mi bisabuelo, llevándole rica dote y el condado de Lobeira, se mostró apasionada hasta un grado increíble, despótico y furioso. Mi bisabuelo pasaba por el mozo más gallardo de toda la provincia, y doña Magdalena, por una señorita fanáticamente devota: se refería que usaba cilicio y que se disciplinaba todas las noches. Fuese ó no verdad, lo que es á su marido, cilicio le puso doña Magdalena, y hasta grillos, para que de ella no se apartase ni un minuto. Poco después de la boda, los que vieron al conde, pálido, demacrado y abatido, espasieron el rumor absurdo de que su esposa le daba hierbas y filtros para subyugarle y para que ardiese más viva la fea del amor conyugal.

Duró mucho esta situación sin que la modificase el nacimiento de varios hijos. No obstante, á los diez ó doce años de matrimonio, observóse que el conde, ha-

biéndose aficionado á cazar y haciendo frecuentes excursiones por la montaña—pues pasaban largas temporadas en el campo, en el palacio solariego de Lobeira, según costumbre, los señores de entonces,—recobrabá cierta alegría, y parecía rejuvenecido.

Como yo no estoy graduando el interés de mi historia, sino que se la cuento á Vd. descarnada y sin galas—advertió al llegar aquí el narrador,—diré inmediatamente lo que produjo la mejoría del conde. Fué que, algún tanto aplacada aquella pasión de vampiro de su esposa, pudo respirar y vivir como los demás hombres. Usted dirá que, por ahora, todo el delito de doña Magdalena consistía en amar excesivamente á su esposo, y que eso merece disculpa y hasta alabanza. Si yo discutiese tan delicado punto, temería ofender sus oídos de Vd. con algún concepto malsonante. Indicaré que hay cien maneras de amar, y que el santo nombre de amor cubre á veces nuestros bárbaros egoísmos ó nuestras morbosas aberraciones. Y basta, que al buen entendedor... Ya continúo.

Como á veces se guardan bien los secretos en las aldeas, doña Magdalena tardó bastante en enterarse de que su marido, al volver de caza, solía descansar en la choza de cierto labriego que tenía una hija preciosa. En efecto, era así: el conde de Lobeira prefería á los suculentos manjares de su cocina señorial, la brasa y la leche fresca servidas por la gentil rapaza, que con la inocencia en los ojos y la risa en los labios, acudía solícita á festejarle. Doña Magdalena no pensó ni un minuto que allí existiese un puro idilio; vió desde el primer instante el pecado y la injuria. Y acaso acertase: no pretendo excusar á mi bisabuelo.

Lo histórico es que en una noche de invierno muy oscura y muy larga, la puerta del Pazo se abrió sin ruido para dejar entrar á un hombre, robusto, recio, vestido con el clásico traje del país. La condesa le esperaba en el zaguán: tomóle de la mano, y por un pasadizo oscuro le llevó á una habitación interior que alumbraba una velita de cera puesta en un candelero de maciza plata. Era el oratorio. Detrás de las colgaduras de damasco carmesí que lo vestían, y que replegó la dama, el hombre vió abierto un boquete, á manera de cueva, un agujero sombrío. Repito lo de antes: no busco efectos: pero aunque los buscase, creo que ninguno tan terrible como decir sin más circunloquios que el hombre—un casero, casi un siervo de la condesa—era el mismo padre de la zagala á quien el conde solía visitar; y que doña Magdalena, enseñándole el negro hueco, advirtió al labrador que allí ocultarían el cadáver del conde. Enseguida le entregó un hacha nueva, afilada y cortante.

¿Temíó aquel hombre por la vida de su hija y por la suya propia? ¿Impulsóle la cobardía ó el respeto tradicional á la casa de Lobeira? ¿Fué la sugestión que ejerce sobre un cerebro inculto y una voluntad irresoluta y débil, la persona resuelta, de vehementes y arrebatadas pasiones? ¿Fué codicia, tentación de onzas y de ricos joyeles que la esposa ultrajada le ofrecía en precio de la sangre? El caso es, que si hubo resistencia por parte del labriego, bien poco duró. Según su declaración, hizo la señal de la cruz, (¡¡¡otro detalle!!!) descalzose, empuñó el hacha y siguió á la condesa hasta el aposento en que el conde dormía. Y mientras la señora alumbraba con la vela de cera del oratorio, el labriego descargó un golpe, otro, diez, en la frente, la cara, el pecho... El dormido no chistó: parece que al primer hachazo abrió unos ojos muy espantados... y luego nada. Sábanas, colchones, el hacha y el muerto, todo fué arrojado al escondrijo; la condesa lavó las manchas del suelo, cerró la trampa, y atestando de oro la faltriquera del asesino, le despachó con orden de cruzar el Miño y meterse en Portugal.

Un rumor, vago al principio y después muy insistente, se alzó con motivo de la desaparición del conde de Lobeira. Su esposa hablaba de viajes motivados por un pleito; y en el oratorio, bajo cuyo piso yacía mi bisabuelo asesinado, celebrábase diariamente el santo sacrificio de la misa, asistiendo á él doña Magdalena, lo mismo que la ve Vd. retratada ahí: pálida, grave, modesta, rodeada de sus hijos, que la besaban la mano. En aquel tiempo no había prensa que escudriñase misterios, y la coincidencia de la desaparición del conde y la del casero y su hija la linda moza, dió pie á que se sospechase que el esposo de doña Magdalena vivía muy á su gusto en algún rincón de esos que saben buscar los enamorados. No faltó quien compadeciese á la abandonada señora, en torno de la cual el respeto ascendió como asciendo la marea. Al verla pasar, derecha, macilenta, siempre de negro, la gente se descubría.

Y así corrió un año entero.

Al cumplirse, día por día, á corta distancia del Pazo de Lobeira apareció un hombre profundamente dormido; era el casero de la condesa, y los demás labriegos, que le rodeaban esperando á que despertase, quedaron atónitos cuando al volver en sí, á gritos confesó el crimen, á gritos se denunció y á gritos pidió que le llevasen ante la justicia. Hay fenómenos morales que no explica satisfactoriamente ningún raciocinio: la mitad de nuestra alma está sumergida en sombras, y nadie es capaz de presentir qué alimañas saldrán de esa cueva, si nos empeñásemos en registrarla. El aldeano, cuando le preguntaron el móvil de su conducta, afirmó con rústicas razones que no lo sabía: que una gana irresistible—un *volunto*, como dicen ahora—le obligó á salir

de Portugal y á ver de nuevo el Pazo; y que al avistarlo, le acometió un sueño letárgico, invencible también, y ya despierto, un impetu de confesar, de decir la verdad, de ser castigado,—porque sin duda, calculo yo, su endémica alma no podía con el peso del secreto, que impenetrable y tranquila guardaba el alma varonil de doña Magdalena...

La prendieron, claro está, y aun se enseña en la cárcel marinédina el negro calabozo donde la condesa de Lobeira se pudrió muchos meses... El casero fué ahorcado; y para librar á mi bisabuela del patíbulo, empeñóse la hacienda de mi casa. La justicia apuró cuanto pudo tan sabrosa breva, y nuestra decadencia viene de ahí.

Alcé los ojos y busqué los del retrato. La mirada de doña Magdalena se me figuró más tenaz, más intensa, más dolorosa. El biznieto callaba y suspiraba, como si le oprimiese el corazón el drama ancestral, como si devorase lágrimas evaporadas hace un siglo.

Emilia PARDO BAZÁN.

REVISTA LITERARIA

TORQUEMADA EN LA CRUZ, novela de Pérez Galdós.

Tal vez algún lector de los que ya conozcan la última novela de Pérez Galdós opine que no ha llegado la ocasión de juzgar en público esta obra, porque, á pesar de las apariencias, viene á ser nada más la primera parte de una composición literaria á la que todavía le falta lo de más sustancia. Ciertamente es que *Torquemada en la cruz* es, más que otra cosa, una especie de introducción á una novela, introducción con su título particular que, á mi ver, no es muy adecuado; pues *Torquemada*, más que en la cruz (Cruz, la que va á ser su cuñada), está por ahora camino del Calvario; y solo en la última página del libro, al casarse con Fidela, empiezan las condiciones legales que hacen posible el martirio; no éste todavía. Sea como quiera, si me apresuro á hablar de este libro es porque el autor lo da como obra completa, sin perjuicio de la relación que tenga con otra ú otras dos (según mis noticias) posteriores; como también tiene relación con trabajos ya publicados, á saber: *Fortunata y Jacinta*, novela en cuatro tomos, y *Torquemada en la hoguera*, precioso cuento en que al avaro Torquemada se le muere su hijo Valentín, su ídolo. Pues Galdós da á luz su libro ahora, solo, con su título, es porque quiere que el público y la crítica fijen en él la atención sin esperar á más; y en esta *hipoteca*, como diría Torquemada, creo deber mio conceder á esta novela el lugar que en estas revistas mensuales le corresponde por los méritos indiscutibles de su autor.

Esto es, además, acto de justicia distributiva; porque hemos llegado á tal punto, que para ocupar la atención de la prensa se va necesitando hacer una *que sea sonada*, como la del *Machichaco* ó las bombas anarquistas, ó por lo menos darse en espectáculo propiamente tal; es decir, que, en efecto, entre por los ojos del cuerpo. Se habla en los periódicos de lo que se ve, de lo que anda por la calle ó de lo que se exhibe plásticamente; en fin, de lo que no exige por parte del periodista, aunque sea literario, reflexión, estudio, tiempo empleado en la soledad del gabinete del hombre trabajador que alimenta el espíritu leyendo y pensando. En otros países no sucede esto: público y prensa leen más, y la actualidad interesante no consiste solo en espectáculos públicos, sino también en libros, folletos, etc.

Dentro de pocos días se estrenará una comedia de Pérez Galdós, y ya se verá que, para bien ó para mal, la prensa dedica columnas y columnas á reseñar el argumento, describir los incidentes de la primera representación, juzgar la comedia, etc., etc. Todo esto, no por ser de Galdós, sino por ser cosa de teatro, de espectáculo.

Y, sin embargo, no cabe duda que, aun dando á la dramaturgia de Galdós toda la importancia que yo la doy, como he demostrado, al fin este escritor es, ante todo, *foncièrement*, como dicen los franceses, novelista, y por mucho que importe una comedia suya, tanto ó más importante una novela.

Pero tiene tal atractivo ese elemento sensible, mejor se diría acaso sensual, del espectáculo, que hasta al mismo autor se le pega el vicio de público y prensa; y desde que escribe, ó por lo menos desde que hace representar dramas, publica menos novelas, y por varias señales se ve que le preocupa este género menos que antes.

Desde el estreno de *Realidad* acá solo nos ha dado Galdós, en novela, *Tristana* y *Torquemada en la cruz*, dos tomos pequeños. *Tristana*, con ser asunto hermoso, digno de ser tratado en grande (en grande no quiere decir en largo, en tres ó cuatro tomos), fué compuesta así como al descuido; y las bellezas que tiene no se deben ciertamente al esmero, al prolijo cuidado en la composición... A *Torquemada en la cruz* le pasa algo por el estilo; tiene un carácter fragmentario, cierta falta de intensi-

dad y complicada urdimbre de observación social y psicológica (elementos constantes en las novelas realistas de Galdós), que no señalo como hechos, pero sí como pruebas de que, por ahora, y sin perjuicio, la novela ha pasado a ser para nuestro autor lo secundario; es decir, en su intención, en el propósito de su actividad.

Torquemada en la cruz, aparte cierta prolijidad inútil en algunos diálogos, empieza perfectamente, con mucho vigor, novedad y frescura, con elegancia en el decir; se ve que el autor toma con gusto el asunto; el buen humor con que trabaja se nota en un signo que es casi infalible, en el resultado feliz de los efectos cómicos; en el primer tercio del libro todo es consistente, orgánico, por decirlo así, firme y gracioso. Aquí, en este novelista, pensaba yo, no hay cansancio, ese cansancio que no es decadencia, pero sí relativa frialdad y desilusión, y que se nota en el mismo Zola en su *Doctor Pascal*, por ejemplo; aquí no hay ese hábil manejo, ya casi mecánico tan solo, de resortes de la maestría que funcionan por hábito; hay espontaneidad, novedad, segunda juventud pudiera decirse... Pero después, como si al novelista le hubiesen llamado para los ensayos de su comedia, ó si no, como si él por su cuenta se hubiera puesto a trabajar en cosa extraña a *Torquemada*; el interés decae, vienen las tautologías en forma de recurso realista; falta la debida economía en el empleo de lo cómico; hay escenas del todo inútiles, como el primer paseo a Cuatro Caminos de Cruz y Rafael; se arrastra la acción con el diálogo y la negligente narración... y en fin, se pierde la esperanza de que este volumen de pocas páginas sea una obra maestra más entre las varias que Galdós nos ha dado en libros no muy grandes, como *Doña Perfecta*, *Miau*, *El amigo Manso*, *Marianela*, etc.

Mirada la novela como un todo (no el *Gran Todo* graciosísimo de *Torquemada*) hay esto. Los que quieran juzgarla así, sin pararse a pensar lo que puede venir detrás, en *Torquemada en el Purgatorio*, pueden quejarse de que el libro que ya tenemos sabe a poco, cumple menos que promete, no tiene verdadera unidad artística y acaba como quiera, ó mejor cuando quiere, pues el hecho de *historia externa* del matrimonio de Fidela y D. Francisco, no es un verdadero final, tal como nos lo dan, sino un pretexto; como el cerrar unas Cortes, por ejemplo, no es resolver una cuestión legal y política muchas veces.

Mas, como se ve, todos estos peros son formales, y se desvanecerán para el que en su día lea toda la historia de *Torquemada*, siguiéndole al purgatorio en que ahora se mete. Con todo, el descuido, la falta de *gana* y de intención intensa, con que está escrita alguna parte del tomo que examino, seguirán notándose siempre.

Todo lo anterior va dicho, *al auto*, como hablaría un aldeano de nuestro queridísimo Pereda, de demostrar (tal vez con exceso de argumentos) que es tal la fascinación que los espectáculos públicos ejercen aun sobre los hombres mas *espirituales*, que Galdós deja sus novelas en relativo desamparo desde que anda entre bastidores.

**

Es natural en los ingenios poderosos y reflexivos, que estudian la realidad exterior y la propia realidad interna (malamente llamada por muchos subjetiva) el ejercitar las propias fuerzas en la variación, en el movimiento que busca novedades. Sea lo que quiera de la evolución (en cierto sentido innegable), la vida es cambio, lo cual no significa contradicción. Creer que la energía del carácter consiste en ser siempre el mismo, en el sentido de no ser influido por el medio ambiente, es confundir la quietud del cadáver con la espontaneidad de los actos; como dice bien un ilustre filósofo jurisconsulto, Jhering, el cadáver es quien no recibe la influencia de lo exterior, sino que da al ambiente su sustancia al descomponerse.

Digo ahora esto, porque hay artistas, los más literatos, especie de *doceañistas* de la estética, que ponen artificialmente todos sus conatos en ser siempre de la misma manera, para demostrar profundidad de convicciones, fuerza de carácter; y hay críticos que no ven caracteres reales, en los creados por la fantasía, si la firmeza de esos caracteres no consiste en no variar, en no dejarse *hacer* otros por la influencia del mundo. Semejante quietismo es contrario a la naturaleza, en un universo en que cambia hasta el color de las estrellas.

Quisiera yo preguntar al ilustre *Fulanex* (no quiero citar nombres) que no escribe hace treinta años ó al que, siéndolo, el público le desdén, si se tiene él por más hombre, por carácter más fuerte y entero que Goethe, por ejemplo. Pues Goethe, el romántico por excelencia, el autor del *Werter* y de *Goetz de Berlichingen*, acabó por ser el *gran pagano*, esto es, el clásico por excelencia también. Pérez Galdós—por volver pronto a mi asunto—se deja llevar por la vida, comprendiendo que el escritor verdadero, no contrahecho, no es el que obedece a la fuerza, a una fórmula perentoriamente im-

puesta, cuando falta la experiencia, abstracta, sino el que puede llamarse *resultante* del choque de nuestras naturales cualidades con las cosas que nos rodean. Si el agua en vasos de diferentes colores toma diferentes colores, no es sólo por la naturaleza del vidrio de este ó el otro color, sino por la naturaleza del agua también. No hay un modo abstracto de ser del carácter, fuera del tiempo ó en un tiempo ideal; el carácter se va modificando, necesariamente, según las influencias que recibe. Esto es necesario tenerlo en cuenta para sí mismo y para los personajes que se crean. Galdós, que ha experimentado, sin perder la unidad de su carácter de artista, variaciones en su carrera de escritor, y ha sido realista de cierto modo en *Los Episodios*, é idealista a su manera en *Gloria*, *Marianela*, *León Roch*, etc., etc., y algo naturalista desde *La Desheredada* en adelante, llega en estos últimos años a un nuevo modo de idealidad combinada con su peculiar realismo, y va dejando la pintura puramente artística, *imparcial*, de la vida ordinaria, para preferir lo excepcional, significativo y preocuparse con los grandes asuntos del misterio trascendental, de su aspecto religioso, y con el también capital problema sociológico de las relaciones éticas, jurídicas y económicas de las clases diferentes. Tal vez notando en sí estas variaciones, estos cambios (hasta en la forma, por su tendencia a escribir obras teatrales) y notándolos en la vida exterior, insiste en retratar estos fenómenos del pudor en sus nuevas creaciones. Prefiere, hace tiempo, estudiar los caracteres, no en el momento estético, por decirlo así, sino en los vicios que experimentan por la influencia de *medios* nuevos, y en las variaciones que como *resultantes* siguen a esos vicios. Ejemplo: en *Angel Guerra* un librepensador, revolucionario, hombre que se arroja tras el impulso de sus pasiones, se convierte en hombre de fe, soñador, humilde ante el misticismo de una débil hembra religiosa, y si conserva su tendencia a lo práctico, a la actividad exterior es empleándola en nuevos fines. Lo mismo sucede en la comedia *La loca de la casa*. Pepet, el hombre del negocio brutal, de la lucha ruda por la existencia, se amansa, se corta las uñas de león por influjo de otra niña religiosa, pura, mística. *Torquemada en la cruz* es otro ejemplo análogo; el usurero zafio, cruel, vulgar, grosero, que aspira a cambiar, a entrar en el mundo de lo fino, elegante y noble influido principalmente por mujeres, por Cruz y su hermana.

Enhorabuena; aunque sea de desear que en adelante los casos de *evolución* ó como quiera llamarse, los busque Galdós en formas menos parecidas unas a otras, es más de alabar que el arte de este gran novelista siga ahora senda tan oportuna, tan fecunda en enseñanzas y que están siguiendo hoy, a su modo, las ciencias psicológicas, las fisiológicas, las sociales, etc., etc. Por cierto que no dan ejemplo semejante otros ilustres artistas, aun entre los de fuera, y el empeño difícil de Galdós merece elogios por su dificultad, que es mayor todavía en el teatro.

**

Aunque no entre en el plan de este artículo llegar a los pormenores, indicaré que hay en *Torquemada en la cruz* episodios de mucha belleza y figuras trazadas con gran maestría. La primera vez que vemos al toco don Francisco celebrando aquella especie de *misa* en el culto de su adoración al hijo muerto, la impresión de ternura que sentimos es honda, fuerte, purísima, debida al *gran arte*. También impresiona la descripción del misero Rafael, ciego y pobre, después de haber gozado de las grandezas del mundo. Es otro aristócrata caído como aquel tan bien pintado en *Realidad* (novela); pero si, como aquél, intransigente en materia de orgullo de raza, no pervertido ni degradado, sino puro, ungido por la desgracia y la miseria. La escena en que el ciego fugitivo duerme al sereno delante del que fué su palacio de la Castellana, el encuentro del ciego y del cojo, son cosas dignas del gran soñador de tristezas sombrías que ideó al rey Lear abandonado de sus hijas, sin luz, sin lecho, como Job, desamparado de todo consuelo.

La morosa descripción y narración minuciosa de la pobreza vergonzante de los Aguilas, recuerdan análogos procedimientos del gran Balzac, de quienes hoy hablan demasiado poco los que pretenden guiar el gusto literario.

Torquemada y D. José Donoso pueden figurar dignamente al lado de tantos correctos dibujos de carácter como nos ha regalado Galdós en su *mundo novelesco*, que ya es legión hace tiempo. Si aquí los jóvenes fueran, como en otras partes, más aficionados a las letras, no faltaría un entusiasta que emprendiera, respecto de las obras de Galdós, trabajo semejante al de aquellos franceses que publicaron una especie de *diccionario biográfico* de las novelas, cuentos y comedias de Balzac. Con los personajes que Galdós ha creado se podía poblar a Madrid. Tiene este autor una especie de imperio ideal sobre la corte

y villa que no pueden disputarle ni el gobierno ni el municipio.

Un juicio definitivo, *cerrado*, de *Torquemada en la cruz*, no cabe mientras no conozcamos las peripecias de su vida en el Purgatorio.

CLARÍN.

Chispas

De drogas harto y doctores
el pobre Tomás Ozores,
vecino de Miguelturra,
sólo con leche de burra
puso fin a sus dolores.

Y hoy al recordar sus males,
de que ni guarda señales,
dice con mucha verdad:
—Si no es por los animales,
me enterra la Facultad.

Telegramas franceses
dicen que en Suiza
se ha ensayado con éxito
la *fulgurita*,
el mejor explosivo
que se fabrica,
pues lo que abulta un gran
de arena fina,
arrojado al Vesubio,
produciría
la erupción más terrible
de que hay noticia.
No dudo que así sea,
mas como activa
la vence otra sustancia;
la *sacalina*:
echada en un bolsillo
donde haya *guita*,
vuelan hasta los forros
de percalina.

Cuando quieras prometer
lo que no pienses cumplir,
promete hasta que tengamos
zona neutral en el Riff,
hasta que Mello ó Peixoto
acaben con el Brasil
ó hasta que estén transitable
las afueras de Madrid,
y la calle de Serrano
empedrada de adoquín.

Salió a la calle Sagasta,
y el público dijo:—¡basta!
¡ya nos ha dado un placer!
ahora, salud y poder,
que el que le tiene lo gasta

Manuel del PALACIO.

LOS FAVORES DE FORTUNA

No hay divinidad a quien se rinda culto más sincero y universal que a la Fortuna. Los hombres desde que empiezan a serlo, en lo que llaman edad de la razón le consagran la vida. Fortuna en cambio con la esperanza les atrae, con la codicia les excita, con la molición les corrompe, ó con la soberbia les ciega, hasta que enseñoreada de ellos, les deja unas veces que realicen su ambición y otras que satisfagan su apetito. Nadie la desprecia sin que le llamen loco, a ninguno que la logra se le considera necio; de unos se deja conseguir por la astucia, a otros se somete por capricho, los más se arrojan a conquistarla, los menos procuran merecerla; es tal su perversión que gusta de que la tomen por fuerza, y es tan grato su imperio y son tan dulces sus halagos que luego de poseída no hay debilidad en que el animoso no incurra por conservarla, ni fortaleza que el apocado no intente por no perderla. Sus amantes son infinitos, y a ellos se entrega como cortesana que ni cuida de escogerlos, ni piensa en lo que le sacrifican, ni estima lo que les concede, ni repara en cuando se lo quita. Con unos parece que se encariña desde que nacen, y les colma de dones toda la vida; a otros sonríe sólo en la vejez para amargarles la muerte, y hasta más allá del sepulcro llega su influjo, pues ni deja que sea cada cual llorado según su mérito ni reparte con justicia la gloria. No hay grande de la tierra, por ensalzado que esté, a quien no pueda poner más en alto todavía; ni humilde, por bajo que se halle, a quien no sepa encumbrar sobre el primero. Reparte sus dones unas veces complaciéndose en detenerse para colmar deseos, y otras los deja caer a la carrera para que queden las alegrías truncadas y los placeres incompletos. Pasa estúpidamente desde la prodigalidad a la avaricia, y desde la esplendidez a la miseria: su amor ciego, su desdén

MULEY HASSAN

Impresiones de Marruecos.—Torre de los Kotubia.
—Palmeras de El-Kantara.—Puente del agua.



mata, á unos envilece, á otros trastorna; es la eterna Dulcinea engañosa para nuestra locura, y encantada para nuestra razón: niega lo que se le implora, da lo que no se le pide, todo lo tiene, y todo lo derrocha. Sólo dos cosas negó la Naturaleza á la Fortuna, que ni puede hacer generoso al mezquino, ni consigue acallar el remordimiento en la conciencia del malvado.

Pero ya no es Fortuna la gloriosa divinidad pagana que recibía culto en las aras ceñidas de mirto, ni recorre el mundo en una rueda, mostrando desnuda la majestad de su hermosura: se ha hecho un palacio que es centro y emporio de las grandezas modernas, y en vez de un santuario de diosa habita un camarín de cortesana, donde por ásperas cuestas y empinadas pendientes suben los que la solicitan echándose á la espalda cuan-

deja conquistar por el bueno, convirtiéndolo en blanco de envidiosos.

En cierta ocasión se enamoraron de Fortuna tres hombres: Carlos Tizona, mozo de arrojo extraordinario, para quien no había mejor razón que la espada; el doctor Infolio, que sin ser viejo casi lo parecía de tanto haber estudiado; y un tal Lepe, último vástago de una familia proverbial por lo lista. Tizona de todo era capaz, infolio no ignoraba nada, y á Lepe se le ocurría siempre lo mejor; de suerte que si las condiciones de los tres se reuniesen en uno, fácilmente se hiciera señor del mundo. Eran, por sus distintas facultades y por el grado en que las poseían, la personificación de las tres potencias más energías y eficaces de la vida: el valor,

su pensamiento—pues sé un atajo por donde, si no me estrella, llegaré enseguida.

—Yo—replicó Infolio—quiero también ir solo, porque en largos años de trabajo he descubierto un mecanismo para subir pendientes sin esfuerzo.

Oído lo cual, añadió Lepe:

—Pues vaya cada uno por su lado; alguien he de encontrar que me lleve en coche ó á la grupa, que yo no subo andando.

Despidiéronse con la sonrisa en los labios, aunque odiándose, y puesto el pensamiento en su ambicioso propósito, emprendieron á hora distinta y por diversos lugares el camino.

Pasó mucho tiempo, sin que ellos mismos pudieran precisar el número de años transcurridos, porque las es-

LA EMBAJADA EN MARRUECOS



EL EMBAJADOR.—Esta es la lista de las reclamaciones. Muy larga ¿verdad?

EL SULTÁN.—Es muy larga, pero más largo soy yo.

to les pesa ó les estorba: la ambición les guía, el amor propio les alienta, el egoísmo les sostiene, la impudencia les basta, y entre los riesgos del camino se van dejando, sin sentirlo, la hombría de bien, la amistad y el cariño. Muchos emprenden la jornada: los más se rinden, pocos la terminan, y al llegar con el corazón helado por el frío de la cumbre, se desvanecen con la altura, imaginando ver empequeñecido y diminuto lo que dejaron en el llano. Luego Fortuna les atormenta con esquivaces, les engolosina con veleidades, y tanto se hace desear, ó pone tal precio á sus caricias, que algunos, al conseguirla, echan de menos lo que inmolaron por gozarla. Unos le sacrifican la honradez, otros la fe, quién ahoga brutalmente la conciencia; el que menos pierde por ella la vergüenza. Es, en fin, la gran ramera de la vida que se resiste al esforzado, se entrega al ruin, se vende á cualquiera, y hasta, de largo en largo se

que nada teme; el trabajo, que de todo triunfa, y el ingenio, que allana cuanto intenta.

Al enterarse, cada uno de ellos que también amaban los otros á Fortuna, faltó poco para que vinieran todos á las manos. Tizona quiso esgrimir la de su nombre, Infolio perdió la serenidad, y á Lepe le descompuso la ira. Ya iban á reñir, cuando este último, en un instante de lucid que le dejó su mucho ingenio, les dijo de este modo:

—¿Por qué luchar y aborrecernos si aun no sabemos en cuál se ha de fijar Fortuna? Seamos amigos; por lo menos, hasta que ella escoja; no sintamos la envidia antes de que haya quien saboree el placer. Emprendamos juntos la jornada, si quereis, ó siga cada cual la senda que le acomode.

—Yo no voy con vosotros—gritó Tizona sin ocultar

peranzas y fatigas les hicieron perder la cuenta, hasta que una mañana, cuando menos lo esperaban, al dar vuelta á un recodo, se encontraron casi simultáneamente en la esplanada que rodeaba el alcázar donde vivía la dama de sus pensamientos.

Lepe llegó primero, y al parecer de buen humor, pero con los labios plegados por una sonrisa de incredulidad que daba pena; Infolio era un anciano achacososo, gastado é impotente para gozar lo que soñaba, Tizona traía melladas las armas, el cuerpo cosido á cicatrices y alguna herida fresca todavía.

Saludáronse ceremoniosos, sin mostrarse simpatía ni sentir rencor: ninguno preguntó á los otros la historia de su viaje, y como Dios ó el diablo les dieron á entender, procuraron entrar en el recinto misterioso.

Tizona, viendo cerradas las verjas, á riesgo de matarse, escaló una ventana: Infolio, colocándose ante la

puerta, dijo tan admirables cosas propias y ajenas, que sus hojas dejándole paso se abrieron solas, y entonces Lepe se coló dentro astutamente.

A los pocos momentos estaban en la antecámara del ídolo. Solo les separaba de él una cortina sutil é impenetrable, que cayendo desde la techumbre hasta el suelo, semejaba el velo de un lugar sagrado. Ninguno se atrevió á descorderla, y absortos de estupor, febriles de impaciencia, esperaron, fija la vista en los amplios pliegues que ponían estorbo á sus deseos:

De pronto, se abrieron los paños como rasgados de alto á bajo, y dejaron ver un instante el ámbito de la estancia que ocultaban. El santuario de Fortuna era una alcoba. Hacia el fondo sonó el estallido desigual de un beso doble, y enseguida, salió tranquilamente un hombrecillo insignificante, fecho, pequeñuelo y vulgar, que con aire de triunfo venia estirándose los puños y acariciándose la barba. Entonces los que esperaban se abalanzaron hacia él entre humillados y rabiosos gritando y preguntándole á grandes voces:

—¿Profanación!

—¿Quién eres?

—¿Por dónde has subido?

Mientras el feliz mortal, miránolos sin comprender su indignación, respondía con la mayor frescura:

—Soy Perico Mediano, y he subido por la escalera de servicio.

Jacinto Octavio PICÓN.

MADRID

A las once de la noche, y aparte algún dato por el que parece que Madrid es capital de una nación civilizada, el aspecto de este pueblo, presa de la más deplorable de las administraciones municipales, debe ser poco más distinguido que el que á la misma hora presente Marruecos.

La cuarta parte, por lo menos, de la población está en la calle ejerciendo la industria de pedir limosna, una de las más florecientes y seguras de este desastroso fin de siglo. De nada sirve que los asilos abran sus puertas por las que el mendigo no quiere pasar, en lo cual y desde su punto de vista hace perfectamente. De nada ha servido tampoco que en este mismo lugar haya llamado la atención de la autoridad sobre media docena, por lo menos, de pobres conocidos que explotan á mansalva en la vía pública la blandura de corazón de las gentes caritativas. La media docena sigue por esas calles soplando ingratamente en cualquier instrumento ó simplemente cantando con voz mohosa de aguardiente sin rebajar, y distrayendo diariamente de la caridad un caudal que inútilmente espera la necesidad avergonzada que no se atreve á salir á la calle.

Hay en mi camino—y para hablar por experiencia propia—una esquina acaparada por un mendigo que aborda en tono trágico al que pasa. Va el tal embozado en raiada capa, gorra hasta las cejas y con el aspecto de artesano sin trabajo, é invariablemente dice al transeunte con voz doliente estas palabras:

—No he comido desde anoche, señorito.

Sacando la cuenta á bulto yo, que paso junto á él dos veces cada noche, he deducido que este hombre lleva sin comer nada menos que mes y medio, que es el tiempo que lleva establecido en la esquina, hecho absolutamente inverosímil y en cuyo estudio debiera detenerse el gobernador civil.

Como éste, sigue explotando esas calles el venerable francés de los trozos de ópera, de quien ya hablé al lector en otra ocasión, y al cual he visto varias veces hacia las latitudes de los barrios bajos, víctima de *tajadas* monumentales y silenciosas, que desahoga por aquellas aceras en el idioma patrio.

Y no cito más porque sería inútil, como ya lo fué la otra vez que lo hice, y porque teniendo cada esquina, cada acera de teatro y cada trozo de calle concurrida sus titulares, necesitaría mucho espacio para anotar las observaciones propias que he tenido ocasión de hacer en estos tiempos, como nunca abundantes en pobretería andante.

Ya me hago cargo de que la autoridad gubernativa ha tenido estos días que perseguir la venta pública de libros escabrosos. Durante muchos días y hasta ayer mismo se ha vendido en la calle del Príncipe á grito herido el curioso librito de *La doncella del candado* y *La noche de boda*, en el que por la corta cantidad de cinco céntimos se inicia á la juventud en una porción de misterios. Como el mal camino debe andarse pronto, los vendedores, seis ó siete zagalones de excelente pulmón, se colocan desplegados en guerrilla desde las Cuatro Calles al teatro de la Comedia pregonando á un tiempo, de tal modo que, recordando lo que decía Amicis del *Petit Journal*, ó el transeunte compra *La joven del candado*, ó se va en busca del juez de guardia, ó se suicida.

Hay muchas y buenas razones para creer que el gobernador pondrá remedio á este estado de cosas, principalmente porque ya la otra vez no hizo caso y no es persona capaz de desairar voluntariamente dos veces.

Esta campaña, que seguramente va á emprender, servirá de gran enseñanza á S. E., que de paso averiguará, sin pretenderlo, que en las calles más céntricas de este su buen pueblo de Madrid, se tira de la oreja al desventurado Jorge con tanta furia que á poco que sigan los tirones va á quedar aquél como quedó el confidente Amadé después de su encuentro con el penado.

Y para que S. E. se vaya enterando de que esto es cosa de juego, voy á referirle lo que en una calle del cogollo de la villa—calle que indicaré si hace falta—sucedió al que esto escribe hace pocos días, y hora de las cuatro de la madrugada. De un portal salieron dos hombres, uno delante que huía pidiendo auxilio, otro detrás con librea de servidor de un círculo, vicioso por lo que luego supe. El primero se acogió al seguro del sereno que encontró al paso, y el segundo se contuvo en presencia de la autoridad mínima nocturna.

A las voces del perseguido acudió la pareja de guardias, que tomó el asunto bajo su jurisdicción, hubo breve interrogatorio, y uno de los dos guardias se destacó con el sereno y los dos que habían corrido hacia la delegación, quedando yo con el guardia huérfano en mitad de la calle.

—¿Qué ha sido eso, guardia?—pregunté deseoso de saber la razón de todo aquel principio de drama.

Y lea S. E. la respuesta *textual* que me dió el delegado de su autoridad:

—Nada, caballero, cosas del juego. Todo ha sido que ese *punto* ha levantado un muerto de á duró en la casa de juego del número 12, y el conserje le corrió para que lo devolviese.

Dicho lo cual, el bueno del guardia volvió filosóficamente á la esquina, y yo seguí mi camino figurándome qué cara hubiese puesto el gobernador si hubiese estado en mi lugar.

Entre el mal oculto, al que difícilmente llega la medicina que la farmacopea legal tiene señalada, ó el vicio reglamentado y público, prefiero el segundo.

El gobernador se encuentra en la mejor de las situaciones para transformar este estado de cosas, que no debe consentir; lleve, con sus medios de representante del país y su autoridad de gobernador, una proposición de ley que modifique el Código en esta parte, y hágase de las casas de juego un establecimiento legalmente constituido. De este modo, aparte los enormes ingresos que irían al Tesoro en concepto de contribución, sabríamos todos á qué atenernos, y hasta se contribuiría al ornato público con las muestras correspondientes:

Al bacará de la High life.—Primera casa en su género. —Hay treinta y cuarenta sin puerta.—Monte de 12 á 6 de la madrugada.

El Faraón de la XII dinastía.—Establecimiento de primer orden y único en que se puede pedir con cinco.—Croupiers hablando todos los idiomas...

Medita en ello el señor gobernador y resuelva lo que en su alto criterio estime procedente, como dicen los expedientes que le ponen al despacho.

Cualquier cosa es preferible á esta situación en que se encuentra Madrid, donde á pesar de los buenos deseos ha de dejarse el ciudadano su dinero en las manos de la indigencia de oficio, en las cajas del editor pornográfico ó en la *cagnotte* de la casa de juego, que realiza el estúpido milagro de vivir y funcionar sin que nadie lo consienta, y que lleva su exceso de vida al extremo de perseguir en la vía pública al *punto* que ha hecho la obra de caridad de levantar un muerto.

Federico URRECHA.

VIENTOS QUE CORREN

Observatorio de EL IMPARCIAL.

En pleno verano, sin días de incómoda niebla, ni noches de hielo destructor, disfrutando de un clima que puede compararse al de una tibia y eterna primavera, con espléndida vegetación en los valles y faldas de la cordillera y con un verdadero plácido lago en el mar que forma su bahía, vive ahora, á ratos temerosa y á ratos entretenida, ante las peripecias de una guerra de mucho ruido y de pocas víctimas, la ciudad de Río Janeiro. Cuatro meses han trascurrido sin éxito alguno para los combatientes en esa campaña, que ni cortada para la fantasía brasileña, y en la que un ejército que no puede embarcarse se defiende contra unos marinos que no pue-

den desembarcar, porque el bloqueado presidente Peixoto no tiene ni una cáscara de nuez en que lanzarse al mar, ni el improvisado almirante Mello dispone de una compañía que pueda pelear en tierra. Dada la calmosa persistencia de ambos, pudiera prolongarse tan rara situación por largo tiempo, y encontrarse el antiguo colosal imperio del Brasil, hoy inmensa república federativa, sin gobierno, sin soldados, sin marinos, sin paz y sin esperanza de cosa buena. Todo marcha en tan curiosa guerra con un sosiego digno del flemático espíritu lusitano.

Una noche de primeros de Septiembre, Custodio Mello, después de pasear con sus amigos por la rua Ouvidor, asiste al Teatro Lírico, en medio de la mayor indiferencia. A la terminación del espectáculo, en vez de dirigirse á su casa, va al muelle, toma un bote y sube á bordo del acorazado *Aquidaban*, al cual llegan á los pocos momentos cinco diputados que, con él, debieran dirigir un manifiesto á la nación. En tanto el presidente Peixoto descansa tranquilo en su palacio de Itamaraty y el comandante de la escuadra Coelho-Netto hace lo mismo en su casa, y cuando luce el nuevo día se encuentra éste sin sus barcos y aquél rodeado del pueblo y de la tropa, que sorprendidos y estupefactos saben que la escuadra se ha sublevado y se disponen á defenderse, aunque pensando con toda calma que la revolución se impondría sin remedio antes del medio día, desembarcando Mello, renunciando el presidente, y encargándose del gobierno el del Senado Prudente Moraes, á juzgar por lo que ocurrió tres años antes, cuando sublevado Deodoro Fonseca, bastó que el acorazado *Riachuelo* disparara un tiro á la iglesia de la Candelaria para que cayera el imperio y no hubiera más que hablar. Mas no fué así; la insurrección continuó y continuará. Sin duda los revolucionarios lo habían preparado todo con gran habilidad y sigilo, pero no anduvo menos mañoso y prevenido el presidente para que la revolución se encontrara poco menos que desarmada.

Con toda reflexión y secreto tenía ordenado, en efecto, que no hubiera en la bahía ni en el arsenal un solo buque al que no le faltara alguna pieza importante, al uno una hélice, al otro parte del motor, y al otro, como al recién concluido *Almirante-Tamandaré*, las palancas del cierre de todos sus cañones. Solo el navío *República*, que acababa de llegar de New-York, estaba completo. De este modo resultó que al apoderarse Mello de la escuadra, apenas pudo moverse en aquella bahía de siete kilómetros de longitud, dominada por el Pico del Pan de Azúcar, sobre cuya playa izquierda, hasta los montes, se dilata Río Janeiro, cuya líquida planicie salpican tantas islas fortificadas, y en cuya ribera derecha se alza con sus polvorines y arsenales la ciudad de Niteroy, capital de la provincia. Y dentro de aquella cuenca quedó como inmóvil y detenido Mello, teniendo enfrente al enemigo en ambas capitales; detrás, cerrado el paso de la salida por los fuertes de Santa Cruz, San Joao é isla de Laye, y sin más ayuda que la de los valientes defensores insurrectos del islote de Villagüeñón y la dudosa de la neutralidad de las islas de Cobras y de las Enxadas, donde el veterano almirante Saldanha da Gama, al frente de los cadetes de la escuela de Marina, no sabía á qué carta quedarse, si con la escuadra ó con el presidente.

Al fin, viejo y todo, después de tres meses de cavilaciones, animado por el espíritu levantisco de la juventud que le rodeaba, se insurreccionó también, uniéndose á Mello para ponerse á la cabeza de los combatientes, que tripulan el acorazado *Aquidaban*, los cruceros *República*, *Guanabara*, *Almirante-Tamandaré* y *Trajano*, los guarda costas acorazados *Sete-de-Setembro* y *Javary*, varios cañoneros y torpederos y multitud de buques mercantes, que los insurrectos armaron á fin de sostener su campaña. ¿Y dónde estaba el resto de la escuadra, que pudiera permanecer leal? Pues, el navío *Primeiro-de-Março*, desarmado por el presidente; el *Riachuelo* y el *Benjamín-Constant* remendándose en el arsenal de Tolón y el *Bahía* y *Tiradentes*, tiesos y neutrales en Montevideo, sin inclinarse más á un lado que á otro.

Noticias de aquella tierra cuentan de qué modo tan ingenioso logró el almirante Mello apoderarse de parte del ejército de la plaza, aunque por desgracia la parte fué muy exigua. Una mañana, los guardias nacionales que vigilaban la costa cerca del arsenal vieron que las aguas arrastraban hacia tierra un gran lanchón lleno de provisiones, que sin duda se había separado de la escuadra durante la noche. ¡Gran presa! exclamaron alborozados los guardias, saltando en número de cincuenta, unos tras otros, desde una gabarra al lanchón repleto. Apenas estuvieron sobre cubierta, el lanchón empezó á moverse hacia la escuadra, como si le impulsara una oculta fuerza insurrecta. ¡Y tan oculta! porque amarrado con un cable sumergido á una chalupa de vapor de los sublevados, fué conducido suavemente por ésta hasta el costado del *Aquidaban*, en medio del espanto y alaridos de los improvisados tripulantes y de la gritería de las gentes de la costa. El almirante Mello recibió á los ene-

migos que había pescado, incorporándolos á la dotación y dicen que envió un *bono* al presidente con esta declaración:

—«Vale por cincuenta guardias nacionales!»

¿Y el bombardeo de Río Janeiro? Realmente, la capital de la república ha sufrido muy poco por él; pero, en cambio, la ciudad vecina de Nictheroy está casi reducida á escombros. El almirante no ha extremado el bombardeo de Río, porque jamás entró esto en sus cálculos; porque no quiere perder las muchas simpatías con que cuenta en la población, y porque los jefes de las escuadras extranjeras se lo han pedido muy de veras. En Nictheroy, en la punta de Armasao, estaban los polvorines y depósitos de proyectiles del gobierno, que cayeron en poder de los insurrectos desde los primeros días y que el presidente tuvo después gran empeño en recuperar y contra cuyas tentativas vomitó la escuadra nubes de bombas. Por su parte, atacados también por la artillería del gobierno, saltaron también los polvorines y el depósito de la isla del gobernador, llenándolo todo de ruinas y de víctimas. Donde con más encarnizamiento se ha sostenido la pelea es entre los fuertes leales de la entrada de la bahía y el insurrecto de Villagüeñón, apoyado éste en los momentos críticos por la artillería de la escuadra. El crucero *Javary*, inutilizado de intento por el presidente, sin poderse mover en medio del combate y sin poder alizar sus torres blindadas, se fué un día á pique sin que se haya sabido por qué.

Mientras al presidente no se le ocurrió cañonear á la escuadra desde Río, estableciendo baterías en el Morro di Castello, delante del Observatorio astronómico y en la colina de Sao Bento, jamás los insurrectos enviaron sus proyectiles á la capital, excepto alguno que otro, como el que derribó la torre dos Mercadores; pero en cuanto esas baterías y algunas tropas dispararon, sufrió la capital los efectos de la artillería insurrecta. Ante la actitud de las escuadras extranjeras, que no quisieron consentir el bombardeo, Peixoto retiró sus cañones, y la ciudad quedó libre de los estragos. Pero cuando se le ocurrió dirigir las luces de los proyectores eléctricos de la ciudad para hacer blanco en el fuerte de Villagüeñón durante la noche, volvió Mello á bombardear á Río, hasta que, por encargo también de las escuadras extranjeras, se apagó el proyector y cesó el fuego. Varias veces después ha vuelto Peixoto á montar sus baterías en la capital y otras tantas ha sufrido ésta el castigo de las descargas del mar, y en todas esas ocasiones, cuando las bombas empiezan á estallar sobre el caserío, el vecindario en masa huye, y cuando las escuadras extranjeras logran que la capital sea respetada, el vecindario vuelve para escapar de nuevo á las pocas semanas y regresar después. También algunos buques, cuando pueden burlar la vigilancia de los fuertes huyen al parecer, para ir en realidad á sublevar y apoderarse de puertos como Santos, Desterro y otros, ó para ir á Montevideo á calentar á sus compatriotas los tripulantes del *Tiradentes* ó del *Bahia* ó para animar á los insurrectos de Río Grande del Sur, á los de Santa Catalina y á los de San Pablo y secundar los esfuerzos de los caudillos Tavares y Gumersindo Saraiva. El resto del territorio, muchas, muchísimas poblaciones, están en paz, aguardando con calma los sucesos. En tanto el almirante Saldanha de Gama, imperialista viejo y no arrepentido, que tomó el mando de la escuadra insurrecta por invitación de Mello, aguarda sosegado también en su camarote del *Aquidaban* á que Peixoto se canse ó á que Río se subleve en masa, para preguntar al pueblo brasileño:

—¿Qué quieres ser? ¿Imperialista ó republicano?

Y es seguro que la voluntad nacional seguirá tan dividida como hoy, y que no se emanciparán en mucho tiempo de la tiranía de las guerras civiles. ¡Triste porvenir!

¡Cuánto más tranquilamente viven, aunque no bajo un cielo tan hermoso, ni gozando de una primavera tan perpetua, los acérrimos combatientes de los nuevos ideales literarios del arte ultra realista, los escritores mixtos de soñadores y de socialistas, que el genio nebuloso y frío de Nietzsche y de Ibsen ha apadrinado en las regiones del Norte, y que como los héroes de las invasiones de lejanos siglos vienen á asentar sus reales entre sajones, suizos y germanos! Seres ensimismados, revolucionarios inofensivos, llevan la política y la ciencia social al teatro y á la novela, y ellos son verdaderos políticos cómicos y redentores dignos de figurar al lado de los tipos más extravagantes de cualquier folletín. Entre la nueva juventud literaria que quiere convertir el drama en un cosmorama social, bullen sin brillar, en Alemania y en Suiza y aun en Flandes y en Inglaterra, y no hay que decir que mejor aun en la región más septentrional, multitud de creyentes que pasan el tiempo en éxtasis fumante y sopla, em-

borronando centenares de cuartillas; y en cambio, como verdaderos maestros brillan, sin bullir, autores dramáticos tan notables como Gerardo Hauptmann y Adolfo Wildbrandt, y novelistas como Godofredo Keller y Pablo Heyse. Para este género literario creó un devoto, W. Boltsche, un teatro y una revista, *Freie Bühne* (la Escena libre) que es, entre la gente modernísima alemana, la gran novedad y la gran golosina del espíritu de nuestros días. En el teatro y en el periódico se atreven á todo: el atrevimiento de no callar nada: esta es su divisa. ¿Qué predicen, qué hay en el fondo de sus explosiones literarias? El socialismo no, porque son ultraindividualistas. El anarquismo tampoco, porque no intentan causar daño material á nadie. El nihilismo tal vez, porque de sus profundos conceptos y enrevesada retórica no se saca nada en limpio. Son, como queda dicho, verdaderos ensimismados cual los filósofos indios; distraídos cual los faltos de sentido comun; unos chiflados, que diríamos aquí, magistralmente hechos. Tienden todos ellos á destruir las instituciones!!! ¿Cuáles? Todas: las políticas, las sociales y las domésticas. Lo más curioso de sus costumbres es que resulta lo que dice el refrán castellano «que Dios los cria y ellos se juntan.» Atraídos por la solidaridad de sus monomanías, no andan solos, como los locos de otras cataduras, sino que para comunicarse sus estupendos ideales viven en comunidad. El tipo de estos ayuntamientos demolidores de pico es el que existe cerca de Berlín, á orillas del lago Muggel en el rincón de Friedrichshagen. Una casita muy confortable, mirándose en las aguas encharcadas, rodeada de pinos, con un paisaje lejano, monótono y triste, y todo ello en la soledad, bajo un cielo nebuloso, de legítimo tinte de panza de burra. Ni la vegetación variada, ni el sol claro, ni los ruidos de la vecindad, ni los colores coloridos del cuadro, alegran los corazones. Nada; allí todo es gris, como la ingénita y perpetua murria que corroe la sangre de estos apóstoles. No están callados como los trapenses, pero en cambio comen mucho mejor que ellos: *Gott g' segn' ich* ¡Dios os bendiga! Allí filosofan y escriben Bruno Wille, rubio, gordo y guapo, el que asegura que ellos son filósofos «del medio puro;» Julian Hart, trémulo iluminado y elocuente; Roliche, el caricaturista de la frase y del lápiz; Enrique Hart, que se rie de todos, y un montón más de gentes de verdadero talento, echado á perder. Conocen muy bien la literatura cosmopolita, la antigua y la actual, y maldicen de ella, considerando á los maestros viejos y nuevos como cosa lastimosa. Ellos han de regenerar el mundo. ¿Cuál? ¿El de Europa? No. ¿El de Alemania? Tampoco. ¿El de Friedrichshagen? Ese; mientras tengan humor y dinero.

R. BECERRO DE BENGOA.

UN DESCALABRO Y UNA VICTORIA

El triunfo, tan envidiable cuanto merecido, que ha poco más de un año obtuvo Echegaray en su celebrada obra *Mariana*, me proporcionó argumento incontrovertible contra los pesimistas que deploran supuestas decadencias de nuestro teatro; el descalabro sufrido por el mismo Echegaray hace algunas semanas con el estreno de su obra titulada *A la orilla del mar*, me facilita otro argumento no menos convincente en pro de mis afirmaciones repetidas de que no existen tales decadencias, ni ese es el camino.

Quede sentado, antes de proseguir, que en efecto, la representación de *A la orilla del mar* ha sido para su ilustre autor un verdadero descalabro. Si, señor; cuando de D. José Echegaray se trata, sería ridículo y pueril alarde de consideración, rayana en la impertinencia, apelar al eufemismo ó á las atenuaciones; la comedia *A la orilla del mar* no ha gustado al público; para que le agradase la escribió el autor, no lo ha conseguido, luego se ha equivocado, y esta equivocación constituye una derrota, como el acierto constituyó en *Mariana* un triunfo.

Pero ni la victoria en *Mariana* dió á Echegaray más de lo que tenía, ni el descalabro en *A la orilla del mar* le deja menos de lo que tiene. Del infinito decían los matemáticos en sus libros que no aumenta ni disminuye porque se le agreguen ó se le quiten cantidades finitas. Algo muy parecido á esto sucede con la fama de quienes como el autor de *El Gran Galeoto* ha llegado

de la inmortalidad al alto asiento.

Echegaray es... Echegaray, y ni cien victorias consecutivas harían que D. José adelantase un solo paso más en el camino de la gloria, ni le harían retroceder tampoco una línea sola cien descalabros seguidos.

A la orilla del mar, hija del mismo padre de *Mariana*, y de *Mar sin orillas* y de *La muerte en los labios*, es digna hermana de sus hermanas. Cuadro admirable por muchos conceptos, denuncia en cada situación, en cada escena, en cada frase, el maravilloso talento de su autor. Cuando las obras de Echegaray sean coleccionadas; cuando, en siglos venideros, sean leídas por críticos y por dramaturgos, pocas diferencias hallarán éstos entre las comedias más aplaudidas y las que no han obtenido aceptación. Admirarán en todas bellezas de primer orden, pensamientos profundos, imágenes sublimes, rasgos in-

geniosos, elevadas ideas, todo eso que determina y define el mérito extraordinario de la original y personalísima obra de D. José.

En lo esencial, en lo característico, todos los trabajos del autor se parecen; lo accidental, lo accesorio, lo circunstancial, es que éstos hayan gustado más y los otros menos; que el público haya aceptado los unos y haya rechazado los otros. Esto último podrá haber causado al poeta pasajera mortificación del amor propio; acaso le habrá irrogado insignificante perjuicio en la cuantía de los derechos devengados en tal ó cual trimestre; pero ninguna influencia ha ejercido en lo que respecta á la celebridad del prodigioso dramaturgo.

Establecido que la comedia titulada *A la orilla del mar*, comedia en que hay cosas admirables y figuras bien concebidas y magistralmente dibujadas, no ha sido del agrado del público, y sentada también, porque es justo decirlo, que para victorias nuestras tomaríamos de muy buena gana esas derrotas de D. José los soldados de fila del ejército literario; digase francamente si no habría deseado para los días festivos de precepto obras como las menos buenas de Echegaray, aquel público de hace treinta ó cuarenta años que aplaudía á rabiar *Verdades amargas*, *Isabel la Católica*, *Los soldados de plomo* y *Las travesuras de Juana*.

No me ciega seguramente en este caso la pasión; admito, eso sí, admito como el que más lo admira, el privilegiadísimo entendimiento de Echegaray; pero ni soy aficionado á su teatro ni tengo la honra de contarme entre los amigos íntimos del gran poeta. Lo aplaudo en ocasiones y me maravilla siempre; pero hablo de él y pienso de sus obras con serenidad de espíritu; y con serenidad de espíritu declaro que llamar decadente á un teatro para el cual escribe hoy Echegaray, y escribía ayer y podrá escribir mañana Tamayo y Baus, me parece inconcebible. Y adviértase cuán parco soy en citar nombres; de Echegaray hablo porque, en justicia, nadie puede negarle que «donde él esté estará hoy la cabecera.» pese á los majagranzas que, so pretexto de honrarlo, pretenden cederle el sitio preferente, y hablo de él también porque es suya la comedia que me ha proporcionado asunto para estas consideraciones; menciono así mismo al autor de *La bola de nieve* (y no digo de *Un drama nuevo*, porque ese drama es de D. Joaquín Estébanez), por tratarse de quien ha llegado también á la región de los indiscutibles; omito, no obstante, más de una docena de nombres que, de seguro, están en la memoria y se asoman á los labios del lector siempre que se alude á poetas dramáticos justamente aplaudidos y merecidamente famosos.

Pero hay más, no solo encuentro adelantamiento en nuestros poetas de hoy, comparándolos con los de hace seis ó siete lustros, hállolo también, y más notable acaso, entre el público de entonces y el de ahora. No he de examinar—porque tal examen sería demasiado largo, y lo dejo para otra ocasión, si llega (y puede ser que no llegue)—no he de examinar, digo, la calidad del público, me concretaré á la consideración de esa cantidad; prescindiendo de su competencia, que es hoy, evidentemente, mayor que era ayer, y me refiero solo á su afición decidida.

En la época á que me refiero sosteníanse con dificultad suma dos teatros de verso, y aun en esos ni se daba función diaria ni duraban mucho las temporadas. Julián Romea, el inolvidable Julián, trabajó algunos años en el teatro de Variedades, y en muy contadas noches consiguió verle lleno. Hoy tenemos en Madrid doce ó catorce espectáculos (no incluyo frontones y demás timbas), y para todos hay público, y á todos concurren espectadores numerosos, y por todos pagan los aficionados precios exorbitantes en noche de estreno. La representación de una obra de Bretón, ó de García Gutiérrez, ó de Hartzenbusch ó de Ayala, solo interesaba á dos ó tres docenas de literatos. El éxito envidiable de *Un drama nuevo* apenas si alcanzó la honra inusitada de que los diarios políticos dedicasen á la obra tal cual artículo de crítica seria y unas cuantas gacetillas encomiásticas. Hoy un estreno de Echegaray ó de algún otro que figure entre los *dioses mayores*, es verdadero acontecimiento cuyo resultado interesa á todos, y hasta es trasmitido por telégrafo, como los números premiados en la Lotería.

Pero si tenemos autores y tenemos público, ¿nos faltan cómicos? Menos que público y menos que poetas; nunca hemos tenido tantos actores, ni—¡escandalicéense los que hablan de nuestra decadencia!—ni tan buenos.

Es claro que no me parece un Maiquez, ni un Talma, ni un Romea, cada uno de nuestros *genéricos*... Los grandes artistas, los artistas de genio, han escaseado siempre, y también escasean ahora y escasearán en lo sucesivo; pero aceptada, como es necesario aceptar, esta escasez inevitable, no faltan hoy actores de primera fila que podrían figurar dignamente al lado de aquellos gigantes de la escena, y sobran comediantes discretos, estudiosos y de inteligencia, con los cuales podrían formar compañías infinitamente mejores, en su conjunto, que las más celebradas y más aplaudidas de otros tiempos que muchos hemos alcanzado.

Prescindiendo también de mencionar nombres, pero no he de prescindir, porque la preterición sería injusticia notoria, después de haber dicho algo de *A la orilla del mar*, de Emilio Thuiller, á quien con motivo del estreno de *La comedia* ha elogiado unánimemente la prensa madrileña y para quien fué legítima victoria el descalabro del insigne dramaturgo.

«Emilio Thuiller es un actor,» han dicho de común acuerdo el público y la crítica; y Emilio Thuiller es todavía joven, y estimulado por los aplausos, estudiará y adelantará. Véase, pues, como no se acaban los actores.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

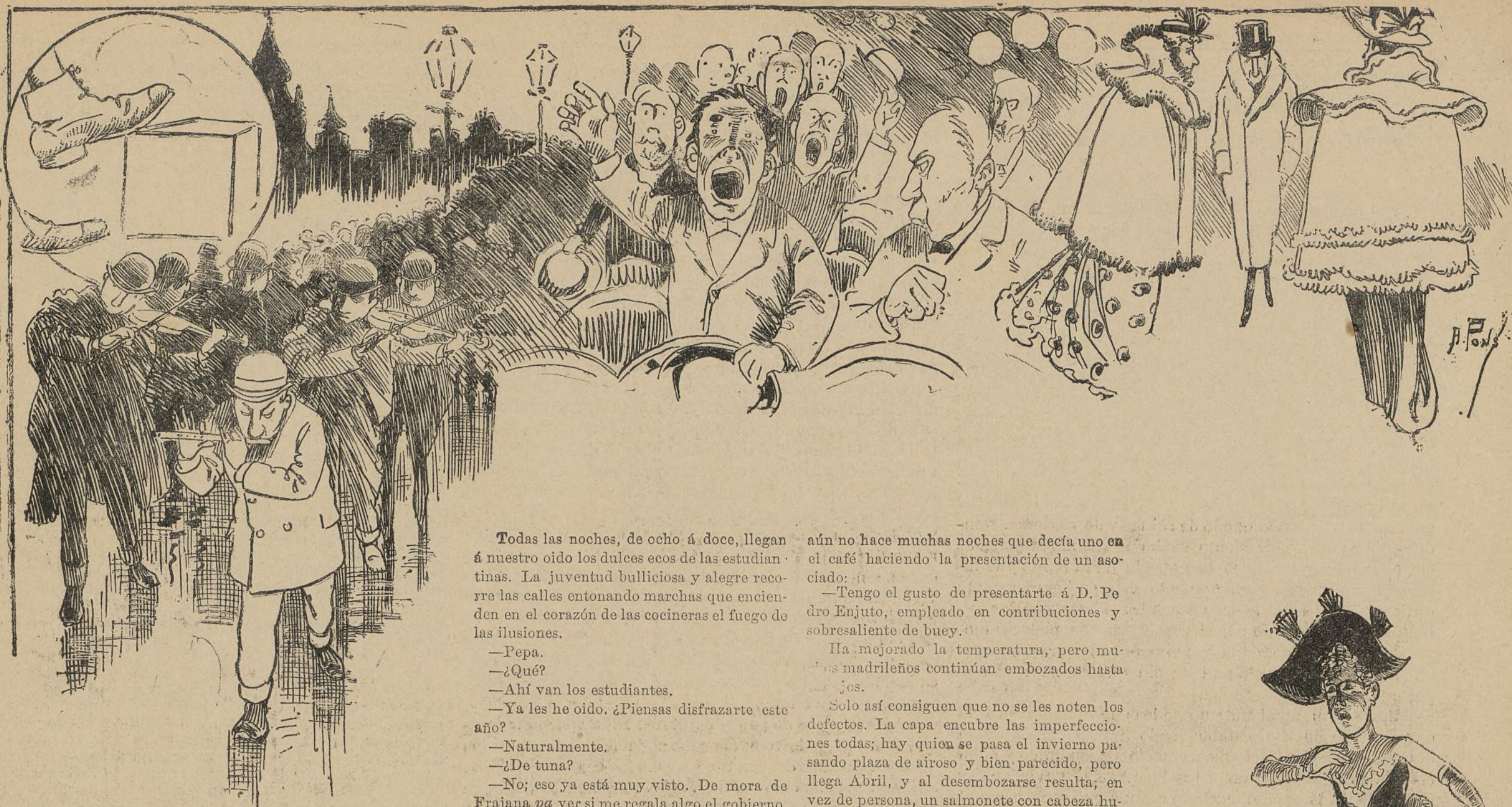
MADRID.—1894

Cromotipia y fotograbado de L. R. y C.^{ta}, S. Bernardo, 69.

Tirado en máquina cromotípica rotativa Marinoni.

TINTA LORILLEUX

Imprenta de EL IMPARCIAL á cargo de Angel García.



EN BROMA

El Sr. Sagasta ha salido ya á la calle; la ciencia ha declarado que el peroné está bueno, á Dios gracias; sus admiradores han celebrado la mejoría comiendo cochinitos, y sin embargo, continúan algunos periódicos dedicados al interesante tema de la flexibilidad de los músculos presidenciales.

«El presidente usa estos días unas botas ordinarias para irse soltando»—ha dicho un periódico.

«El presidente se dedica á apoyar el pie en un cajón, con el fin de acostumbrarse á subir y bajar escaleras»—ha añadido otro.

Y el presidente, agobiado por tanta publicidad, ha llegado á decir á su ayuda de cámara con aire misterioso:

—Cierra la puerta. No quiero que me vean los periodistas en paños menores, porque son muy capaces de decir que me han sorprendido bailando la cachucha para adquirir elasticidad en los músculos.

Todas las noches, de ocho á doce, llegan á nuestro oído los dulces ecos de las estudiantinas. La juventud bulliciosa y alegre recorre las calles entonando marchas que encienden en el corazón de las cocineras el fuego de las ilusiones.

—Pepa.

—¿Qué?

—Ahí van los estudiantes.

—Ya les he oído. ¿Piensas disfrazarte este año?

—Naturalmente.

—¿De tuna?

—No; eso ya está muy visto. De mora de Frajana pa ver si me regala algo el gobierno,

La prensa ha hablado de los *reventadores* con motivo de un estreno reciente.

Si hemos de creer á los autores silbados, hay personas que van al teatro con el propósito de *reventar* los productos de la imaginación ajena. Penetran en la sala armadas de bastón, se sientan por grupos, tosen de un modo especial para darse á conocer y se preparan á realizar sus malévolos fines.

Comienza la representación y uno de los asociados deja caer el pie con fuerza sobre el pavimento, otro echa á rodar el bastón, otro bala, otro estornuda y así sucesivamente.

—Pepito—dice uno,—mientras yo pateo tú debes relinchar.

—¿Quieres que haga el cerdo?—pregunta otro.

—No; cuando salga la característica, ponte á mugir, como si te estuviesen herrando.

Dícese que estos chicos *reventadores* tienen una academia donde aprenden á imitar el acento de todos los animales conocidos; y

aún no hace muchas noches que decía uno en el café haciendo la presentación de un asociado:

—Tengo el gusto de presentarte á D. Pedro Enjuto, empleado en contribuciones y sobresaliente de buey.

Ha mejorado la temperatura, pero muchos madrileños continúan embozados hasta los ojos.

Solo así consiguen que no se les noten los defectos. La capa encubre las imperfecciones todas; hay quien se pasa el invierno pasando plaza de airoso y bien parecido, pero llega Abril, y al desembosarse resulta; en vez de persona, un salmonete con cabeza humana.

Toda madre que vela por la felicidad de sus hijas, procura que éstas no se destapen. Por eso hay tantas jóvenes que pasan el invierno enfundadas, como los instrumentos de cuerda.

Casi todas las chicas que usan manteletas á diario, ocultan alguna imperfección de la naturaleza.

Algo de esto ocurre con las personas mayores que no se quitan nunca el sombrero.

—Van á dispensarme Vds. si no me descubro—suelen decir,—porque en cuanto me destapo la cabeza empiezo á toser.

Pero no es eso: es que la mayor parte de los que hablan así no tienen cabeza; lo que tienen es un queso de bola.

Una sociedad de bienhechores ingleses trata de introducir la carne de perro en la alimentación de los menesterosos.

Ya ha empezado á hacerse uso de este comestible, y se nota que todos cuantos lo utilizan acaban por ladrar.

Aquí hay quien come carne de gato. Dígalo si no algunas típles de zarzuela, que en vez de cantar, *mayan*.

Luis TABOADA.

DE AQUÍ Y DE ALLÁ

Predicando un día en la iglesia metropolitana de Edimburgo sobre los tormentos que se padecían en el infierno, el reverendo Mr. Brodié, los pintaba como insoportables á causa del intenso *frio* que allí se sentía. Aquella en que predicaba era la más rigurosa estación del invierno. Uno de los oyentes le preguntó, cuando acabó el sermón, por qué había dicho que hacía frio en el infierno, siendo así que todos los teólogos sostienen que en él se experimentan los más horribles calores.

—¡Oh!—exclamó el reverendo,—para ello he tenido poderosas razones: si hubiera dicho á mi auditorio que el infierno estaba caliente hubiese sido capaz de condenarse sólo por ir á él.

Un físico inglés ha tenido la paciencia de contar los huevos que tiene un abadejo, llegando á descubrir que ascendían á 9.344.211.

Entre los tártaros kirquis hay una tribu que usa águilas adiestradas por ellos para cazar las liebres, zorras y cabras que se encuentran con mucha frecuencia en aquellas comarcas salvajes. El kirquis, montado á caballo, coloca sobre la delantera de la silla el ave de rapiña, cuya cabeza está cubierta con una especie de capucha. En cuanto divisa el cazador al animal que se propone coger, descubre la cabeza del pájaro que se lanza como un relámpago sobre su presa, la sujeta con sus robustas garras, y no la suelta hasta que llega su amo á quitársela. Esta especie de águilas, que es conocida por el nombre de Barcout entre los kirquis, es tan estimada por aquellos pue-

blos que sacrifican gustosos sus caballos y sus prisioneros para poseer una de estas aves cazadoras.

La ciudad de Sidney está orgullosa de poseer en su *Town Hall* (casa ayuntamiento), el órgano más grande del mundo, pues contiene nada menos que 128 registros.

Según una publicación australiana, siguen á este monumental órgano en dimensiones: el de la catedral de Riga, con 124 registros; el de la iglesia de San Sulpicio de París, con 118; el de *Albert Hall*, de Londres, con 114; el de Nuestra Señora, de París, con 110; el del *Trinity Chapel*, de Chicago, con 109; el de la iglesia de San Jorge, de Liverpool, con 100; el de la iglesia parroquial de Doncaster, con 94; el de la casa ayuntamiento de Leeds, con 93; el de la catedral de Anvers, con 90; el de *Alexandre palace*, de Londres, con 88; el de Armley, cerca de Leeds, con 70; el de *Crystal palace*, de Londres, con 68; el de la casa ayuntamiento de Birmingham, con 68; el de la catedral de Friburgo, con 68; el de Brooklyn, cerca de Nueva York, con 66; el de la casa ayuntamiento de Melbourne, con 66; el de *Albert Hall*, de Sheffield, con 64, y el de la iglesia de Santa María de Bradford con 60.

Es muy común encontrar en el campo y aun en los pueblos pequeños, casas bajas, cuyos tejados cubiertos de yerba, sirven de pasto á una ó más cabras. En Noruega, llegan hasta plantar árboles en el cespel que cubre la casa, de manera, que una aldea, vista desde lejos, se parece á un bosquecillo. Lo que es muy común, es ver huertas completas sobre las casas.

Los musulmanes aseguran que los tres idiomas primitivos son: el árabe, el persa y el turco; según ellos, los

tres se usaban al mismo tiempo en el paraíso terrestre. La serpiente que sedujo á nuestros primeros padres hablaba el árabe, lengua elocuente, fuerte, persuasiva, y que dicen ellos será la que se hable algún día en el paraíso. Adán y Eva hablaban entre sí el persa, idioma dulce, poético, insinuante, y cuyos efectos supo Eva aprovechar tan hábilmente por desgracia del género humano. El ángel Gabriel que los echó del paraíso se vió obligado á hablarles en turco, porque habiéndoles expresado la orden de expulsión primero en lengua persa, y después en árabe, sin obtener resultado alguno, tuvo al fin que explicarse en aquella lengua dura y amenazadora, que les asustó y les obligó á prestar obediencia.

Los persas resumen esta tradición en un proverbio, cuya traducción literal es ésta: «*El turco es honor; el persa azúcar; el árabe ciencia.*»

Los coleccionadores de sucesos curiosos refieren que la cabellera y la barba del duque de Brunswick se encanecieron en 24 horas, cuando supo la muerte de su padre en la batalla de Austerlitz.

El pelo del helenista Vauvilliers se volvió blanco á consecuencia de un sueño.

La cabellera de Mirabeau tenía vitalidad. Se encrespaba ó se ponía lacia, según la vehemencia ó templanza de su palabra.

El pelo del doctor Slave, que era blanco, recobró á los 80 años el color castaño de la juventud, y así lo conservó hasta los 100 años que vivió.

Se citan casos idénticos ocurridos en la extrema vejez. Una inglesa, Susana Edmond, tuvo pelos negros á los 95 años; pero se le volvieron blancos á los 105. John Weks, poco antes de su muerte, que ocurrió á los 114 años, tuvo nuevos pelos castaños.

Un curioso.